

Subsistema de María Emilia Suárez



Una mariposa en apuros

Alicia Morel



GRUPO
EDITORIAL
norma

Contenido

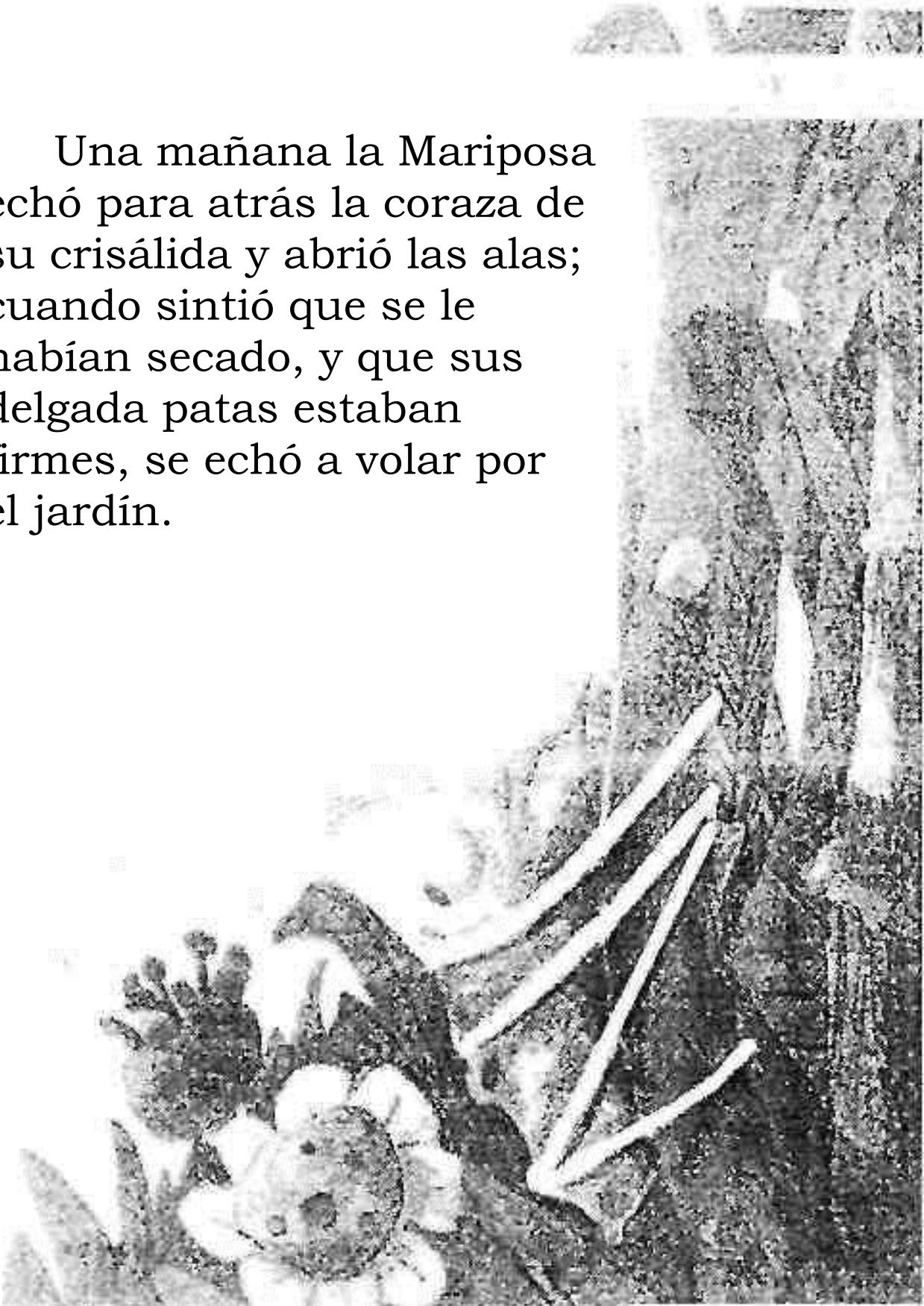
Los amigos del jardín

El baile del Picaflor



Los amigos del jardín

Una mañana la Mariposa echó para atrás la coraza de su crisálida y abrió las alas; cuando sintió que se le habían secado, y que sus delgadas patas estaban firmes, se echó a volar por el jardín.



Al verla, el Abejorro exclamó:

—Tengo que ser amigo de esa criatura. Yo soy rico y ella es hermosa ¿qué más se puede pedir?

Con un zumbido se lanzó en persecución de la Mariposa.



La Libélula dejó de mirar su reflejo en el estanque para contemplar a la recién nacida. Haciendo vibrar sus alas transparentes, dijo muy emocionada:

—Aunque yo soy la más elegante del jardín, ella me gana en colorido. Merece ser amiga mía.



Voló detrás de la Mariposa lanzando chispas azules.

Las flores también se apresuraron a invitarla para que las visitara.



La Rosa, sin duda la más fina, le hizo señas con sus pétalos diciendo:

—Mariposa, yo soy tu mejor arruga.

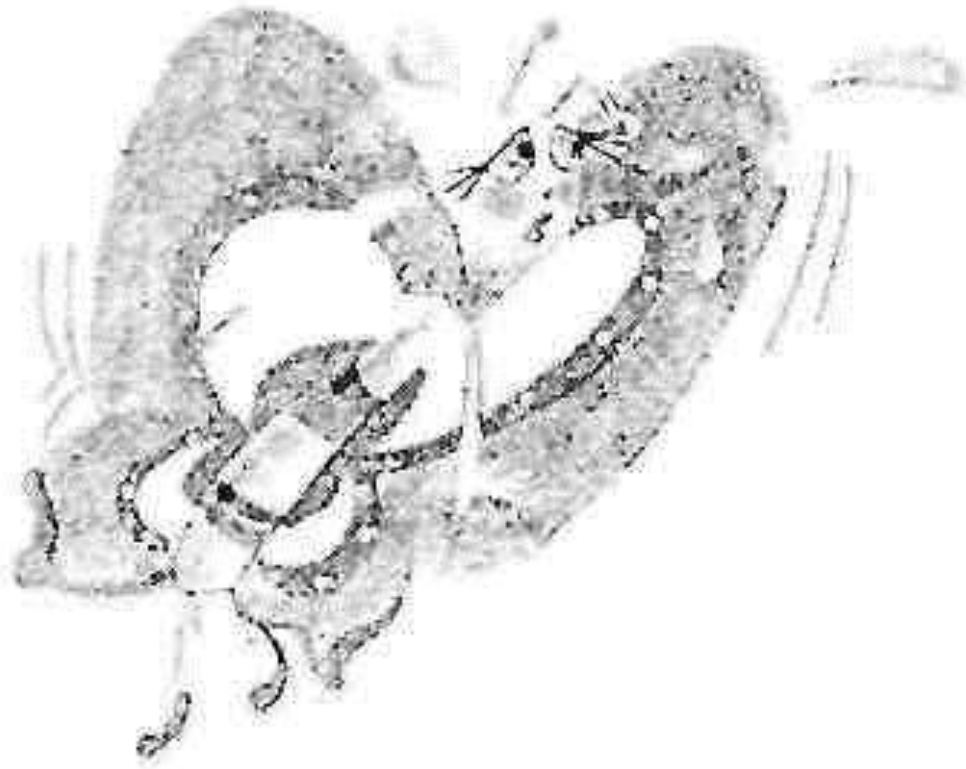
En un rincón del jardín, un Dedal de Oro nacido por casualidad suspiró:

—Soy silvestre, no me atrevo a pedirle que sea amiga mía.

El primero en alcanzarla fue el Abejorro:
—Te ofrezco mi amistad. Mi riqueza sería
completa acompañada de tu hermosura zumbó.
—¿Qué es riqueza? — preguntó la Mariposa.



—Tengo mieles en abundancia que durarán todo el invierno — explicó el Abejorro sonoramente.

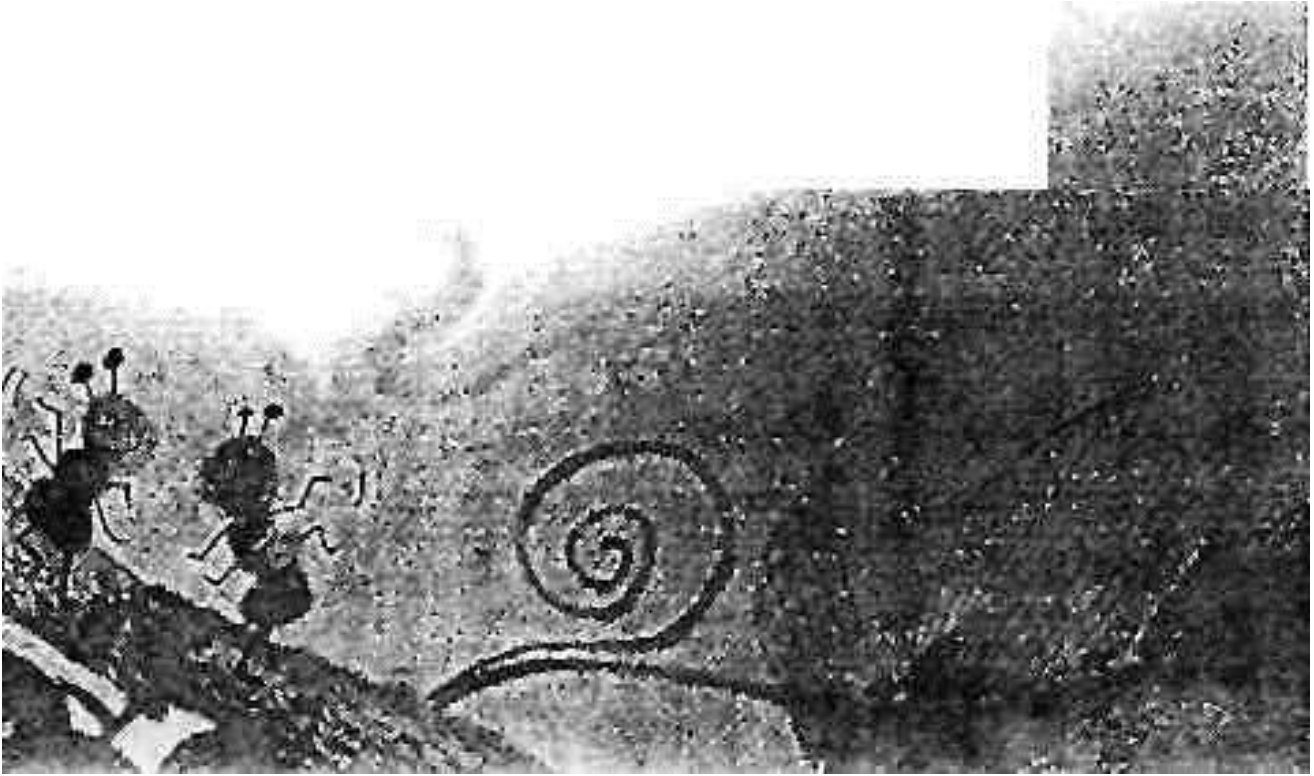


—¡Qué divertido! —rió ella— ¿para qué juntas miel si hay por todas partes en las flores?

—Oh, cuando no haya flores, yo tendré la despensa llena —sonrió el Abejorro, compadecido ante tanta ignorancia.

—Cuando no haya flores, habré muerto ya.

Diciendo estas ligeras palabras, la Mariposa revoloteó con más brío. El Abejorro la siguió pesadamente y no tardó en quedar atrás.



Entonces la alcanzó la Libélula.

—Te convido a que nos miremos en el estanque.

—Me da miedo el agua, iré sólo por curiosidad—dijo ella.

La Libélula hizo toda clase de figuras para lucirse, mirando los reflejos de ambas en el espejo del agua. La Mariposa no tardó en aburrirse.

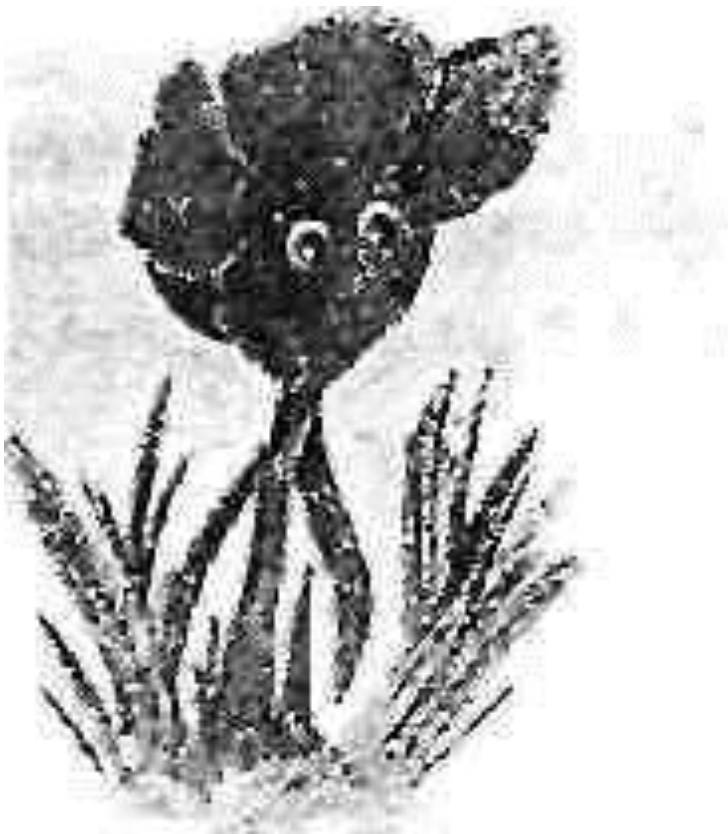
—Me gusta jugar, pero prefiero las flores. Me detendré sobre la Rosa que me llama hace un rato.

Desde ese día, todos se pelearon la amistad de la Mariposa. La hicieron volar, bailar, conversar y lucir sus alas sin descanso.

—Esto no puede durar —pensó el Dedal de Oro sin perder de vista a la que amaba. Así fue. La Mariposa empezó a sentirse cansadas, sus alas perdieron brillo y se pusieron lacias. Entonces el Abejorro le preguntó:

—¿Qué te pasa, amiga mía? No te encuentro buena cara.

—Es que me estoy poniendo vieja. Con tanta fiesta, mas luego llegará mi fin.



Al Abejorro le parecieron muy mal estas palabras, porque la vejez y la riqueza no andan bien juntas. Y empezó a murmurar de la Mariposa.

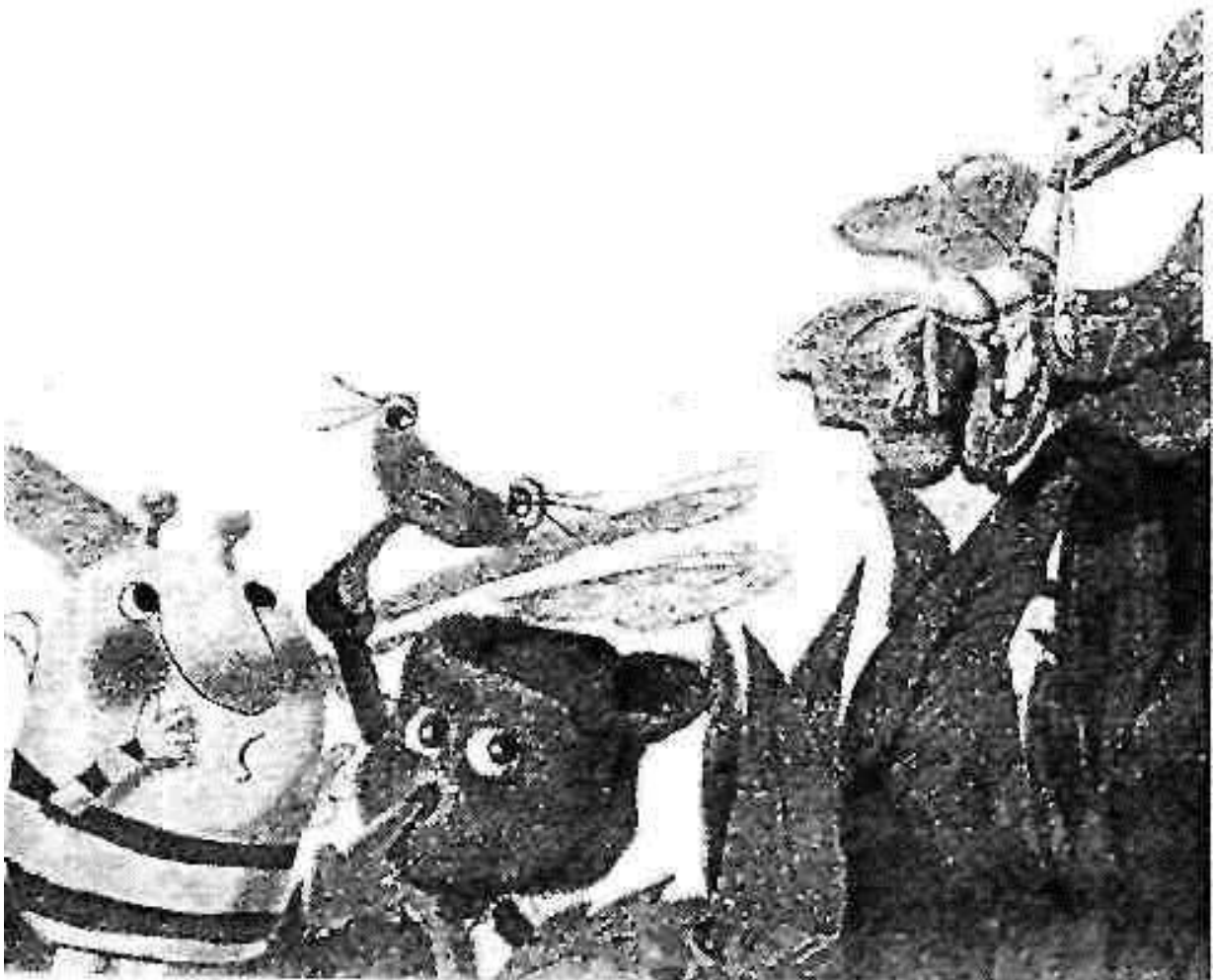
—Ya no podemos ser sus amigos, anda llena de parches, no será bueno que nos vean en su compañía.

La Libélula y la Rosa opinaron, lo mismo y desde ese día no volvieron a mirarla.

Ella, viejecita pero graciosa, les preguntaba:

—¿Por qué miran para otro lado?

Yo también quiero ver eso que a ustedes les llama la atención.

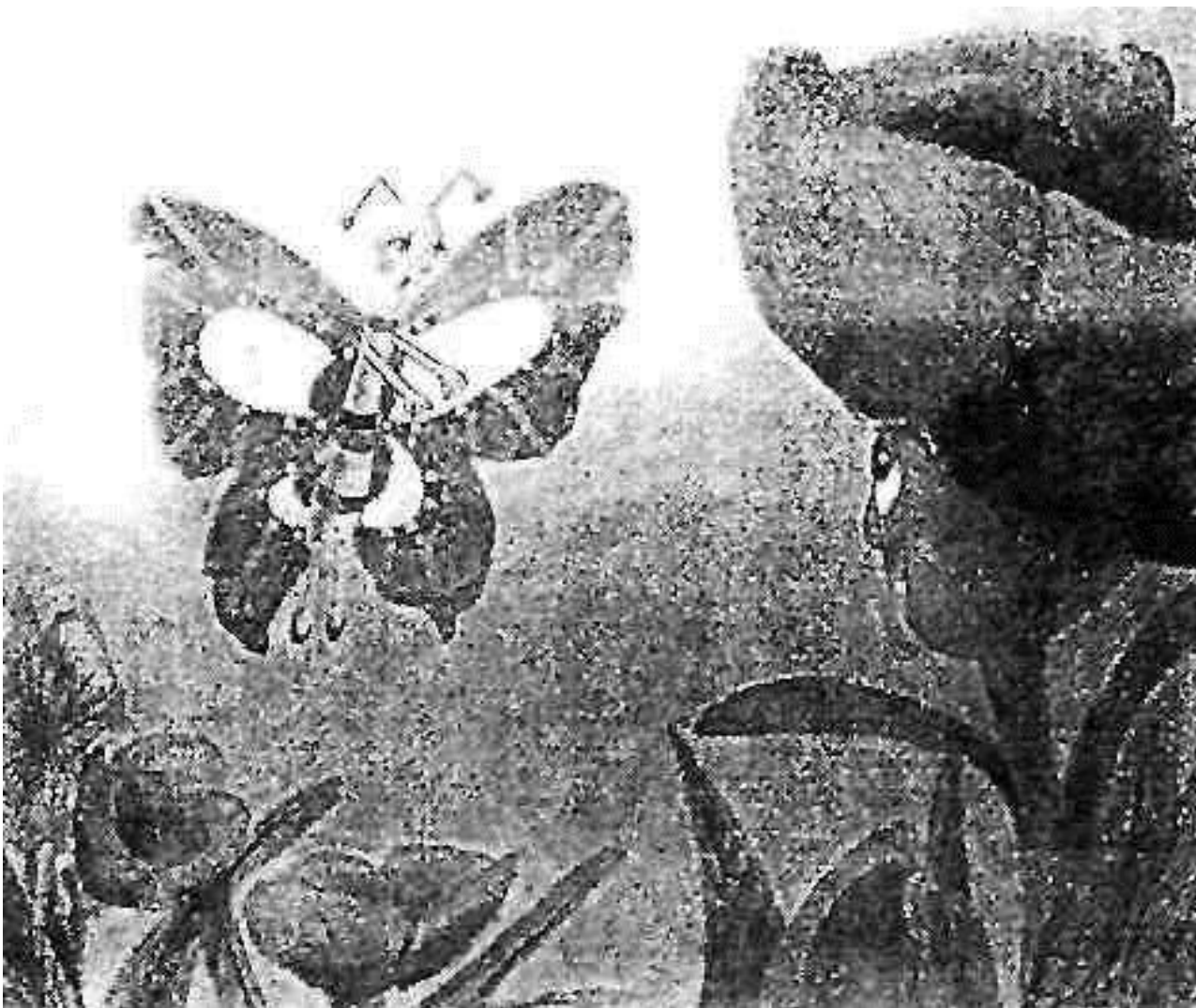


No le contestaron, como si no la oyeran.

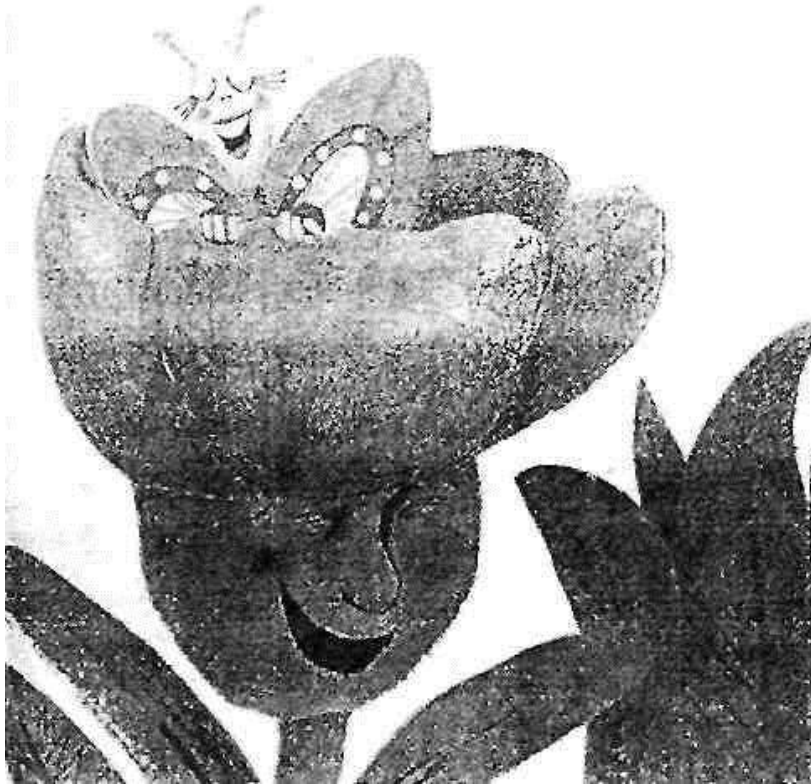
El Dedal de Oro, que había florecido muchas veces para contemplar a la Mariposa, comprendió que ahora le podía hablar.

—Ven, yo quiero ser tu amigo —le gritó desde el rincón.

Ella acudió a tientas porque se le había roto una antena.



—¿De veras que tú quieres ser amigo mío?—le preguntó con ansiedad.



Y añadió llorosa:

—Los otros, éstos que eran mis amigos, ya no quieren mirarme.

El Dedal de Oro la consoló con un poco de azúcar y la convidó a vivir en su corola.

—Si ellos no te quieren, yo sí. Estás cansada, ya no necesitas bailar ni conversar. Puedes dormir y soñar.

La Mariposa se refugió en el Dedal de Oro y su risa sonó dentro de la flor como campanita gastada.

El baile del Picaflor

Las flores decidieron dar un gran baile para celebrar la primavera. Las chicharras fueron las encargadas de repartir las invitaciones.

—Como no son complicadas, tienen mejor voluntad —dijo la Rosa.



Para dar la fiestas, aprovecharon que el jardín estaba en plena floración antes que se deshojara la primera rosa.

El invitado principal era el señor Viento, porque sin él ¿cómo iban a bailar las flores, pegadas a sus tallos?



Pero a señor tan importante no podían mandarle una chicharra cualquiera: le encomendaron esta delicada misión a la Mariposa.

Un poco insegura, ella revoloteó por el bosque donde se escondía el Viento y lo llamó con aleteos y la voz más fuerte que pudo:

—¡Señor Viento, deténgase un poco en las ramas!

—¿UuuuH? —contestó el Viento.

—¡Ay! ¡No sople tan fuerte, que me arranca las alas! —se quejó la Mariposa.

—¡Ooooh!



—¡Se trata de un baile!

—¿Eeeeh?

—¡Un baile de las flores!

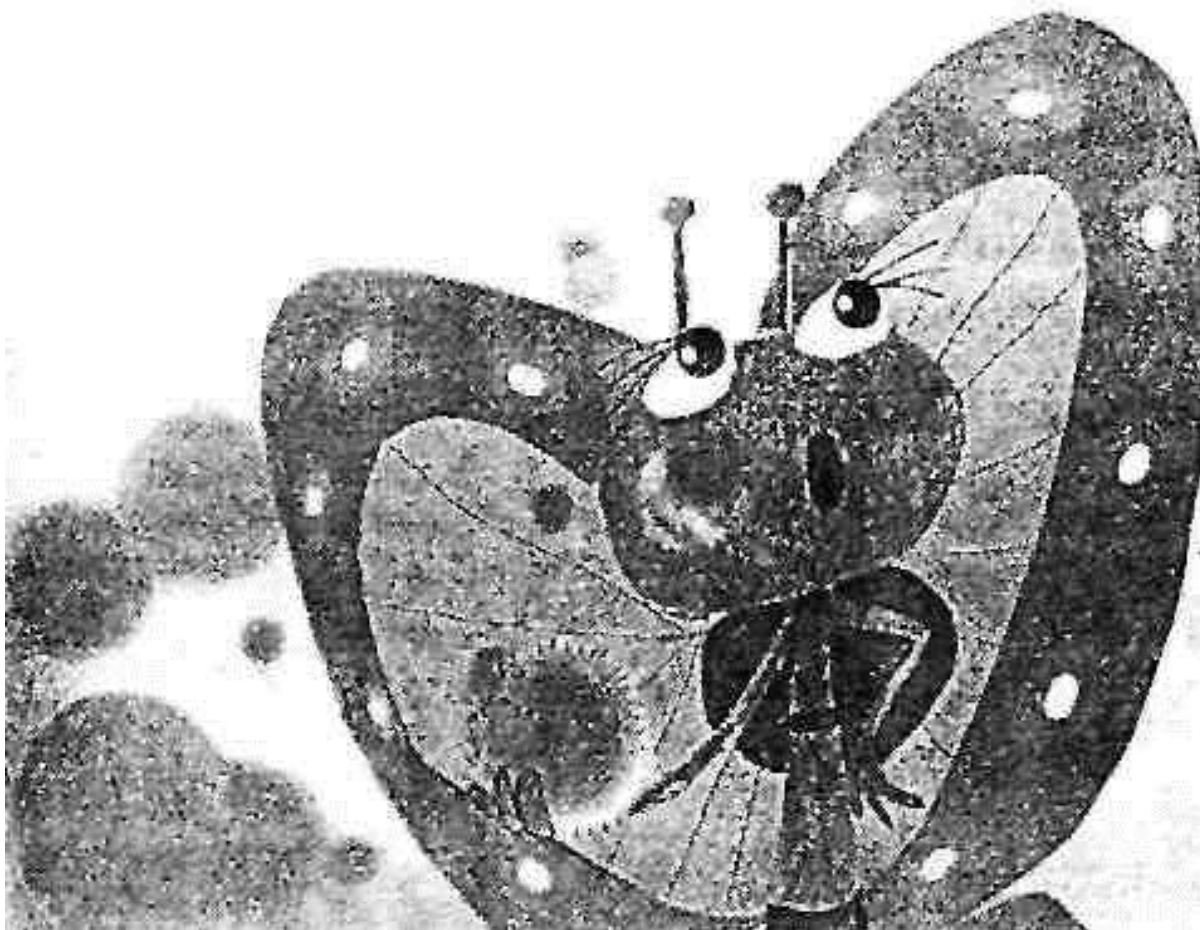
—¡Aaaah! —suspiró el Viento complacido.

—La Rosa y yo lo esperamos a la caída de la tarde, ¡No vaya a olvidarse! —recomendó la Mariposa.

—¡Iiiiih!— aseguró el Viento riendo.

La Mariposa se alejó para arreglar sus antenas y sus alas, echándose polen dorado por codo el cuerpo.

Nadie faltó por invitar, ni los abejorros, ni las abejas, ni las delicadas libélulas, ni los



elfos de las flores, ni las hormigas.

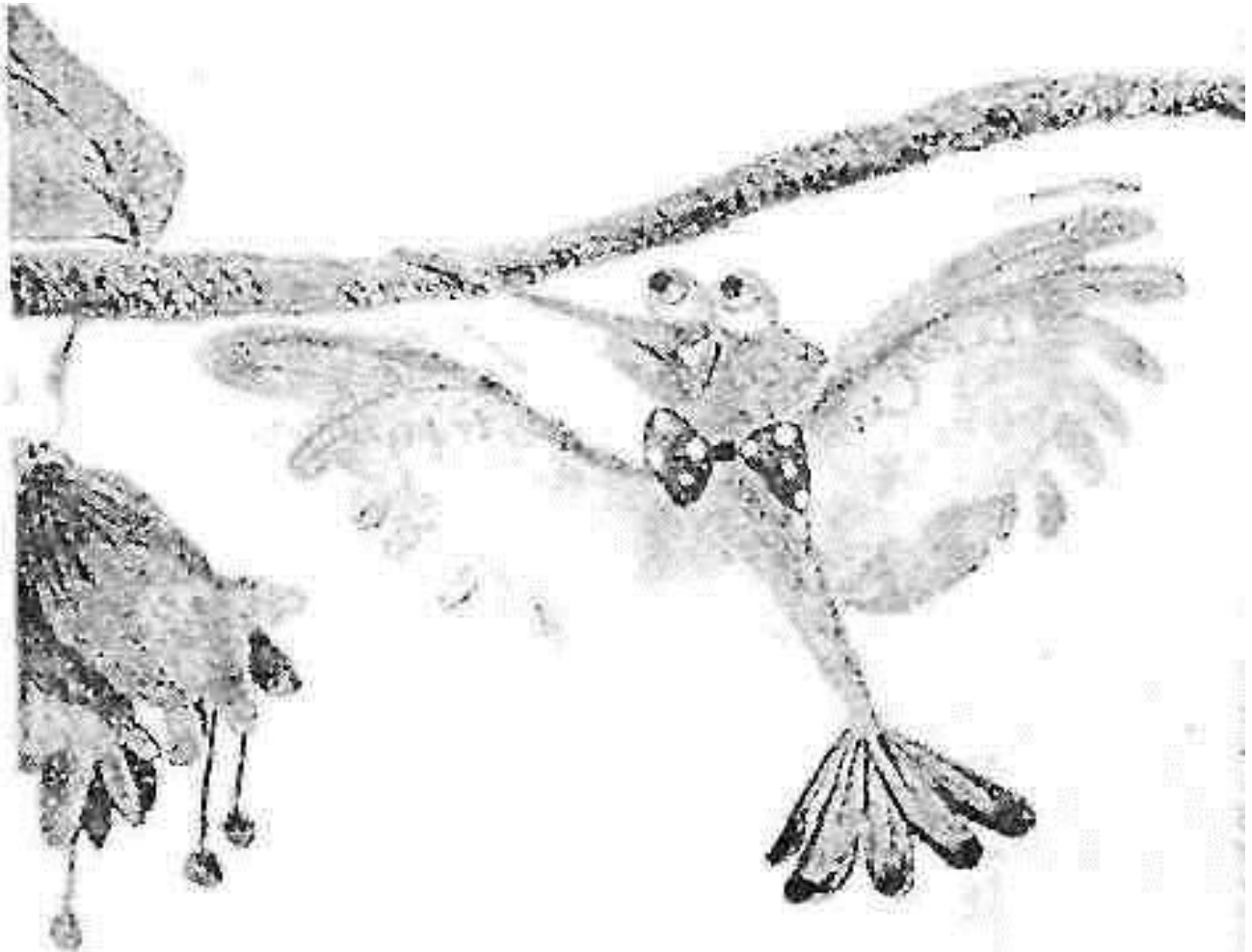
Pero no, alguien había sido olvidado; nacía menos que el Picaflor.

—Esas locas no me invitaron —protestó— ¡ya verán las ingratas, ya verán que les haré falta!



Voló a bañarse en rocío para que relucieran los arco iris de sus plumas.

Mientras se restregaba contra las hojas y los cañaverales, oyó las dulces y crujientes melodías que preparaban para la fiesta.



El entusiasmo del pajarillo aumentó.

—Iré al baile de todas maneras. Emborracharé a rosas y campanillas con el girar de mis alas.

La mañana se fue en preparativos para la desea. Al empezar la caída de la tarde, invadieron el jardín abejas y abejorros que

depositaron en cada flor una gota de miel. Libélulas, alegres chicharras y caballitos del diablo iban y venían; el aire estaba lleno de alas y zumbidos de toda clase.

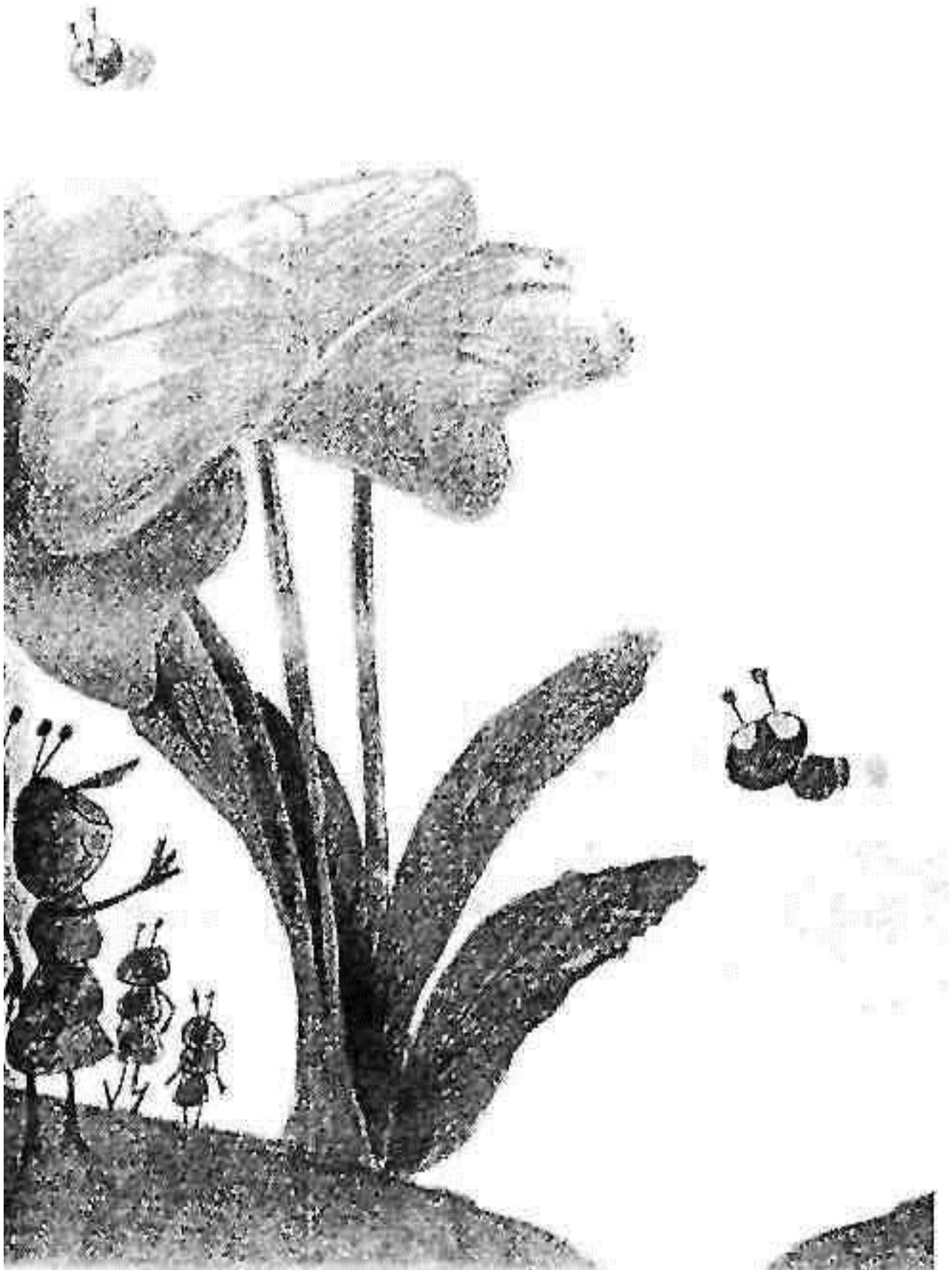
Por tierra avanzaron las Hambrientas hormigas y escarabajos oscuros.

Los caracoles se daban importancia al caminar sobre una alfombra de piara.

Los grillos tocaban sus violines con entusiasmo. Ellos, iluminados por luciérnagas, lanzaron serpentinas

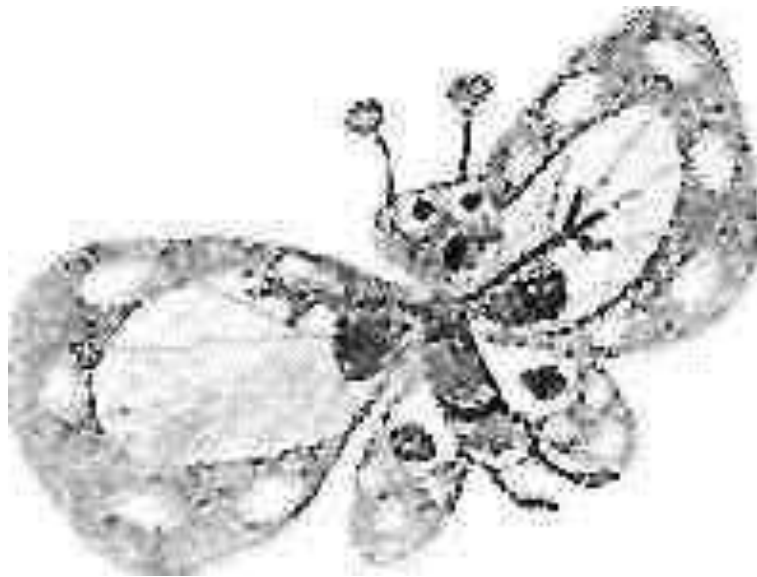


brillantes y saltaron de flor en flor escogiendo por compañeras a lasañas olorosas.



Pero el Viento, el invitado principal, que tenía que abrir el baile con la Rosa, no llegaba. Las flores estaban quietas, sin poder participar de la animación de los alados y patudos. La Rosa, muy preocupada, llamó a la Mariposa que estaba ya medio borracha de felicidad.

—Por favor —le pidió— anda a despertar al Viento. Nuestro baile será un fracaso sin él.



Disgustada al tener que interrumpir sus danzas, la Mariposa voló hacia las copas de los árboles, donde el Viento colgaba lacio, entregado a un profundo sueño.

Entre vuelo y revuelo, la mensajera entonó:
—El baile baile ya empezó, despierte el aire con su canción.



Vamos al baile, vamos, don Aire, ¡vamos,
despierte que se hace tarde!

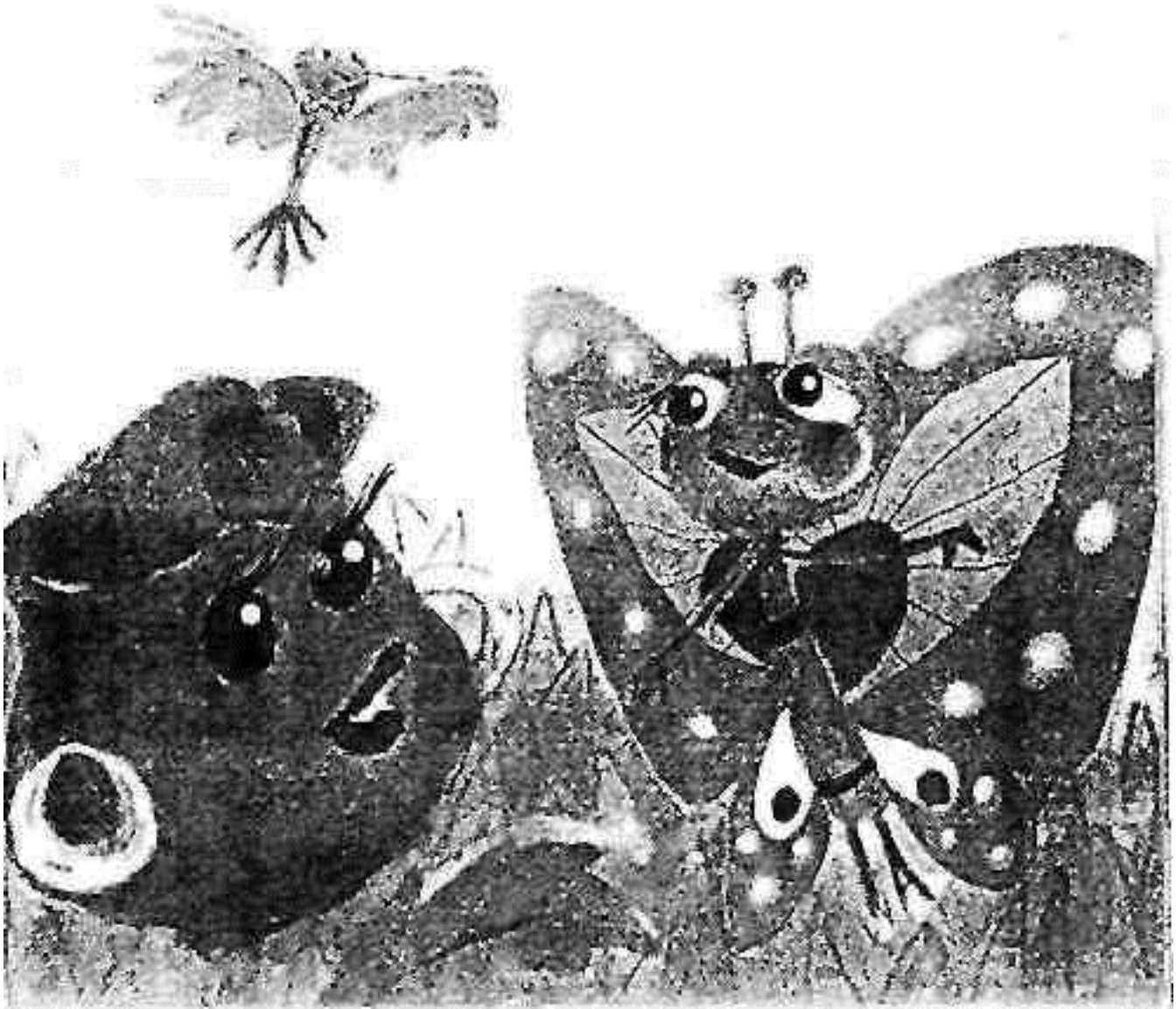
Pero el Viento ni se movió.
Abrió apenas un ojo azul, batió
un poco una de sus alas más
pequeñas y dio un largo suspiro
que arrojó lejos a la indignada
Mariposa.

—¡Oh!—gimió sujetándose las antenas—
¿qué le diré a la Rosa, ahora?

—No te preocupes, Mariposa —dijo en ese
momento el Picaflor— dile a las flores que si el
Viento falla, yo puedo hacerlas bailar, siempre
que me inviten.

Esperó la contestación, sosteniéndose en el
aire.

La Mariposa voló a dar el recado a la Rosa,
que enrojeció al darse cuenta de su involuntario
olvido.



—Por cierto, dile a Picaflor que nos perdone, nosotras...

Pero en ese instante se aproximó el Picaflor, sonriente y movedizo, y se inclinó ante la Rosa haciendo brillar los colores dorados de su frente.

—No te preocupes, Rosa, es mejor que el Viento no venga, puede despeinarlas, o

arrancarles un pétalo. Yo las haré bailar y dar más vueltas que un trompo. Empezaré por ti, bella Rosa.

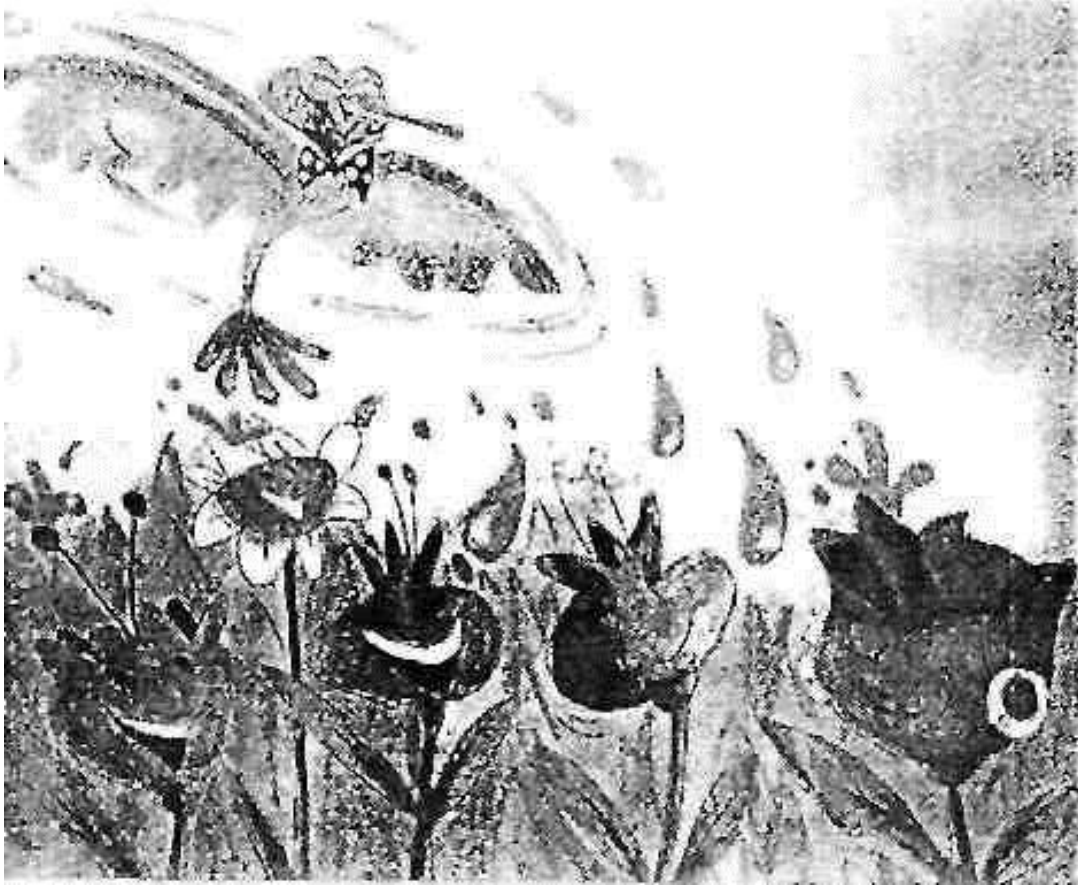
Fascinada, la reina de las flores se dejó marear por el Picaflor, hasta olvidar completamente que ella estaba pegada a un tallo y que al día siguiente se deshojaría. Bailaron así todas las flores, enamorándose del encanto del Picaflor.



Para refrescarlas, el brillante pajarillo se mojó en la fuente del jardín; sus rápidas alas rociaron a su alrededor, de manera que toda la agitada concurrencia lució su perla de agua.

El baile duró hasta que salió la Luna.

Las flores cerraron sus corolas, encerrando a más de un fatigado bicho entre sus pétalos.
El Picaflor se durmió junto a la Rosa, y las



hormigas se llevaron la última gota de miel.
Solamente la Mariposa continuó persiguiendo su sombra entre las flores, sin darse cuenta de que el baile había terminado hacía mucho rato.

FIN